

Sobre todo, los principios se afirman con la protección de nuestros enemigos.

La grandeza de los principios consiste en que ellos mismos lo ignoran. Los hombres no tienen nombres ante los principios: sólo son el hombre. Los principios sólo se conocen a sí mismos. En su estupidez augusta sólo sabe que la vida humana es inviolable. ¡Oh venerable imparcialidad de la verdad! ¡El Derecho sin discernimiento, ocupado solamente en ser Derecho! Eso es hermoso!

Ante los que merezcan legalmente la muerte, importa abjurar de éste hecho de fuerza. Es mejor derribar el cadalso ante el mismo criminal. Que el que viola los principios tenga este principio por salvaguardia, que sienta esta dicha y esta vergüenza; que el que persigue el derecho sea abrigado por él. Despojando de su falsa inviolabilidad a la inviolabilidad real, ponéis desnuda a la verdadera inviolabilidad humana; que el criminal quede estupefacto al ver que la parte que le hace sagrado, es la parte por la que no es Emperador; que el Príncipe, que se cree superior al hombre, aprenda que encierra la miseria de ser Príncipe y la Majestad de ser hombre.

Juárez, haced dar a la civilización ese paso inmenso; abolid en todo el mundo la pena de muerte.

Que el Mundo vea este prodigio: la República tiene en su poder a su asesino, que es un Emperador; en el momento de matarle se apercebe de que es un hombre, le deja en libertad y le dice: "Eres un hijo del Pueblo como los demás. Vete."

Esa sería, Juárez, vuestra segunda victoria: es soberbia la de vencer a la usurpación, pero la de perdonar al usurpador, sería sublime.

A los Reyes que llenan las prisiones, cuyos cadalsos oxidan los asesinatos; a esos Reyes que castigan con destierro, con presidios y con siberias, que oprimen a la Polonia, a la Irlanda y a la Creta; a esos Príncipes obedecidos por los Jueces, a esos Jueces que abedecen los verdugos, a esos verdugos a quienes obedece la muerte, a esos Emperadores que con tanta facilidad cortan la cabeza al hombre. Enseñadles cómo se perdona una cabeza de Emperador.

Por encima de todos los Códigos Monárquicos que gotean sangre, abrid la Ley de la Civilización, y en la más santa página